

EL PRÍNCIPE QUE NO SABÍA LEER

1º- 2º



<https://ideaswaldorf.com/correr-mundo/>

Érase una vez un principito. Cuando tuvo la edad suficiente, su padre, el rey, le dijo:

-"Mañana comienzas a ir a la escuela donde aprenderás no solo a leer, escribir y contar, sino también las cosas que te ayudarán a ser un buen rey cuando yo no esté".

El príncipe no tenía hermanos ni hermanas con quienes jugar, y cuando llegó a la escuela a la mañana siguiente y vio a todos los demás niños y niñas, solo un pensamiento llenó su mente: *ahora tendría a alguien con quien jugar.*

A partir de entonces, todas las mañanas se dirigía a la escuela lleno de alegría ante la idea de ver a los otros niños. Su padre, el rey, se alegró de ver lo feliz que era su hijo. Poco se imaginaba el rey la verdad en cuanto a lo que su hijo estaba aprendiendo en la escuela. Era un rey ocupado, tan preocupado por el bienestar de sus súbditos que tenía poco tiempo para preocuparse por su hijo. Así fue como, año tras año, durante tres años enteros, el príncipe fue feliz a la escuela antes de que el Rey se tomara el tiempo para ver qué tan bien su hijo sabía leer.

Una noche, después de cenar, el rey escribió un pequeño poema en un trozo de papel:

***"Trabaja mientras trabajas y juega mientras juegas;
esa es la manera de ser feliz"***

Luego le pidió a su hijo que leyera el versículo. El príncipe miró la escritura y guardó un silencio absoluto.

—Bueno —dijo el rey—, ¿cuál es la primera palabra?

—“... *mientras* ...”—murmuró el príncipe—.

—Lo estás leyendo al revés —dijo el Rey—.

Tenía que ayudar a su hijo a leer la palabra de izquierda a derecha.

Llevó mucho tiempo ayudar al príncipe a averiguar cuáles eran las dos palabras siguientes, pero al fin pudo repetir:

“Trabaja mientras ...

—Ahora —dijo el rey—, ¿cuál es la cuarta palabra?

—“... y ...” —contestó el príncipe con mucha dificultad—.

El Rey ni siquiera trató de ayudar al príncipe a leer el resto del versículo. En cambio, al día siguiente, fue al aula y se escondió podía ver sin ser visto y escuchar todo lo que sucedía en la clase de su hijo.

Lo que sí vio lo hizo sentir más ansioso: mientras el maestro enseñaba, el príncipe hacía muecas a los otros niños tratando de que se rieran de él. Y cuando el maestro les dio algo para escribir, el príncipe, en lugar de escribir, jugaba con sus lápices y trataba de construir una casa con ellos. Cuando el resto de la clase estaba leyendo, el príncipe no paraba de levantarse de su pupitre y correr a mirar por la ventana cada vez que pasaba un pájaro.

¡No es de extrañar que no estuviera aprendiendo!

Con el corazón triste, el Rey entró al aula, tomó al príncipe de la mano y lo llevó lejos de la escuela. Cuando llegaron al palacio real, el rey le habló así a su hijo:

—Cualquiera que tenga que ser rey algún día y gobernar sobre otras personas debe aprender primero a gobernarse a sí mismo. Has estado en la escuela durante tres años, pero no has aprendido mucho. Así que debo enviarte al mundo. Cuando hayas aprendido lo necesario para reinar, puedes volver a casa, ¡pero no antes!

Preferiría no tener ningún hijo que tener uno que no puede gobernarse a sí mismo”.

Entonces el rey le dio al príncipe una hogaza de pan y un cántaro de agua y lo envió al mundo.

Solo y sin nada, el príncipe viajó a pie durante muchos días hasta que se comió su hogaza de pan. Cuando llegó a un pueblo, encontró **una panadería**. Entró y pidió una hogaza de pan.

—Pues ahora —dijo el panadero—, pareces un muchacho grande y fuerte. Si te quedas aquí y trabajas para mí, puedes tener todo el pan que puedas comer”.

Teniendo mucha hambre, el príncipe accedió a trabajar para el panadero, quien le dio un poco de pan y leche y luego le pidió que le ayudara a poner el pan nuevo en el horno. La masa se mezcló y se le dio forma de pan, y pusieron los panes en bandejas grandes y luego levantaron las bandejas en el horno.

Entonces el panadero le dijo al príncipe que vigilara la cocción mientras él iba a su casa a cenar. Le dijo al príncipe que sacara el pan del horno cuando estaba tan marrón como la cáscara de una nuez, y no más dorado. Solo en la panadería, el príncipe miró a su alrededor y vio todas las palas del panadero apoyadas en las paredes del horno y una provisión de leña amontonada en la esquina de la tienda. *"Bueno", pensó el príncipe, "¡será bueno jugar con ellos!"*

Así que se puso manos a la obra para construir una casa con ellos, apilándolos unos sobre otros para hacer cuatro paredes, una puerta, una ventana y un techo. Todo esto duró bastante tiempo, y cuando el príncipe colocó la última pala en el techo, olió humo y lo vio salir por las rendijas de la puerta del horno.

Justo en ese momento el panadero regresó. Vio al príncipe, vio la casa de juegos hecha de palas y leña. Con más claridad vio el humo que salía por las rendijas de la puerta del horno y, con un grito, corrió hacia el horno y abrió la puerta de par en par.

–¡Has dejado que el pan se queme!, rugió.

El príncipe se había olvidado del pan mientras jugaba, pero ahora lo recordaba. Mirando dentro del horno, vio que cada pan estaba quemado tan negro como una ceniza.

–¡Un día entero de trabajo se ha esfumado!, exclamó el panadero.

–Ahora tendré que trabajar toda la noche. ¡Y todo esto por el juego del niño!

–Sal. Ponte en camino. Ya he tenido suficiente .

Luego sacó al príncipe fuera de la tienda y cerró la puerta tras él.

Toda la noche, bajo las estrellas y la luna, el joven príncipe viajó, sin saber adónde iba. Por la mañana había llegado a otra ciudad y tenía mucha hambre de desayunar. Llamó a la puerta de una casa, y cuando se abrió, vio que era **una zapatería**. Le pidió al zapatero algo de desayunar.

–Pues ahora –dijo el zapatero–, pareces un muchacho hermoso y fuerte. Si te quedas aquí y trabajas para mí, te daré el desayuno, la cena, el té y la cena todos los días".

El príncipe accedió a quedarse, y el zapatero le dio algo de desayuno y luego el trabajo de encerar el hilo con el que cosía los zapatos. No era un trabajo duro, y el príncipe trabajó en él con bastante constancia hasta que el zapatero abandonó la habitación. Entonces el príncipe dejó de trabajar y miró a su alrededor.

La tienda estaba llena de muchas cosas interesantes: toda clase de herramientas, clavos, pedazos de cuero y diferentes clases de zapatos de todas las formas y colores: zapatos de baile, zapatos para caminar, zapatos de trabajo y zapatillas, y en un minuto el príncipe se levantó y se alejó de su mesa de trabajo, desatando de un rincón de la habitación a otro. ¡Mirando todo en el estante y la mesa e incluso en el armario y el cajón!

Cuando el zapatero regresó y encontró al príncipe jugando con una caja de clavos, le dijo:

—Ven ahora, ocúpate de ese hilo. No puedo coser mis zapatos sin él".

Sin embargo, la siguiente vez que el zapatero salió de la habitación, el príncipe se levantó y volvió a mirar todo lo que no había notado antes.

Para abreviar la historia, el día no había terminado antes de que el zapatero se quedara sin hilo y no pudiera terminar su trabajo del día porque el príncipe había pasado más tiempo mirando a su alrededor que encerando el hilo.

El zapatero vio que el príncipe no era un obrero.

—Sólo puedo dar de comer a alguien que trabaje y me ayude a terminar mis zapatos a tiempo —dijo el zapatero.

Y una vez más el príncipe fue expulsado de la casa. Viajó toda la noche, bajo las estrellas y la luna, sin saber a dónde iba.

Por la mañana, cuando volvió a tener hambre de desayunar, se encontró cerca de una gran **granja**. Se acercó a la casa del granjero y pidió algo de comida.

—Bueno —dijo el granjero—, pareces un muchacho bueno y fuerte. Si te quedas aquí y nos ayudas a cortar el heno, estaré encantado de darte tu comida y una cama para dormir.

Entonces, el príncipe accedió a ayudar al granjero a cortar el heno.

Ahora bien, había otros muchachos de la edad del príncipe, que estaban allí para ayudar al granjero a cortar su heno. Después del desayuno les dio a cada uno una hoz y los llevó al campo a trabajar. Les mostró la cantidad de heno que debían cortar y cargar en la carreta antes del mediodía y luego los dejó seguir mientras él se iba a otro campo a cosechar el trigo.

¡No todo salió bien! De hecho, fue por el príncipe porque aún no había aprendido la lección. Tan pronto como se quedó solo con los otros niños, quiso jugar en lugar de trabajar. Primero les hizo muecas y ruidos graciosos para que se rieran de él. Luego, cuando hubieron cortado un poco de heno y lo arrojaron en el carro de heno, el príncipe se subió al carro y arrojó el heno sobre los muchachos. Esto inició una pelea de heno, y fue muy divertida, más divertida de lo que el príncipe había tenido desde que había dejado la escuela. El heno voló rápido. Los muchachos de un lado de la carreta tiraban el heno a los del otro lado. Justo cuando el heno volaba más rápido sobre la carreta y de regreso, apareció el granjero.

Por supuesto, cuando vio lo que estaba pasando, no perdió el tiempo. Ahuyentó a esos muchachos con su horca, gritando:

"Fuera de aquí, bribones que no sirven para esto, o los moleré a palos".

Ahora los chicos no eran tan alegres y amigables como antes, y todos perseguían al príncipe, culpándole de que se hubieran metido en problemas. El príncipe corrió tan rápido como pudo y finalmente los dejó atrás.

Ahora estaba solo una vez más, sin comida ni refugio. Llegó la noche, y justo cuando aparecieron las estrellas y la luna, vio una pequeña cabaña cerca. La puerta estaba abierta. Cuando nadie respondió a su llamada, entró y la puerta se cerró de golpe detrás de él. La choza estaba desierta. No había sillas, ni mesa, ni cama, nada más que cuatro paredes y un piso de tierra. Hacía frío, tenía hambre, la noche era oscura y no se escuchaba ni un sonido. El príncipe estaba muy solo.

Se sentó en el suelo y se puso a pensar. Pensó en el granjero. Pensó en el zapatero. Pensó en el panadero. Pensó en su escuela. Pensó en su padre y recordó lo que su padre le había dicho:

"Preferiría no tener ningún hijo que uno que no pueda gobernarse a sí mismo".

Entonces el pobre príncipe suspiró y exclamó:

—Si hubiera cortado el heno, encerado el hilo o cuidado el pan, podría cenar algo.

Luego suspiró de nuevo y exclamó:

—Si tan solo hubiera aprendido a leer, podría haberme quedado en el palacio de mi padre.

Sollozaba y gemía en voz alta y no oyó el sonido de unos pequeños pies que caminaban hacia la puerta. La puerta se abrió. Entró un hombrecillo que llevaba una linterna. Acercó la luz a la cara del príncipe.

—¿Qué te pasa?, preguntó.

El príncipe dijo que tenía hambre y que quería irse a casa.

—Dime, ¿dónde está tu casa?", preguntó el hombrecito.

Tenía una larga barba blanca y ojos brillantes, y parecía tan interesado que el príncipe no pudo evitar contarle todo lo que había sucedido, y luego rompió a llorar de nuevo, gritando:

—¡Quiero irme a casa!"

—Por lo que me dices —dijo el enano sabiamente—, veo que la única manera de hacerlo es ir por el mismo camino que viniste aquí, y esta vez si cortas el heno, enceras el hilo y cuidas el pan, te encontrarás en casa antes de que te des cuenta.

Así que el joven príncipe siguió el consejo del hombrecillo y volvió con el granjero, el zapatero y el panadero, y en cada lugar pedía perdón, diciendo:

–Déjame trabajar para ti durante un año y un día, y nunca te arrepentirás.

En cada lugar permaneció un año y un día. Nunca antes el granjero, el zapatero y el panadero habían tenido un ayudante tan bueno. Ninguno de ellos quería dejarlo ir, pero cuando dijo:

–Debo ir a casa con mi padre, el Rey, se llenaron de asombro y lo dejaron ir.

Después de tres años y tres días, el príncipe regresó a casa. Su padre, el rey, se alegró mucho de verlo, porque sabía que el príncipe no habría regresado a menos que él hubiera aprendido a gobernarse a sí mismo.

Y, efectivamente, el príncipe volvió a la escuela y prestó atención a sus maestros y pronto aprendió a leer y escribir e incluso a contar. Pero más que eso, le demostró a su padre que era digno de ser rey cuando llegara su momento.

Y cuando el viejo rey murió, se alegró de poder dejar su reino a un hijo tan digno. Tan pronto como el príncipe fue coronado rey, mandó llamar al panadero, al zapatero y al granjero y los convirtió en sus consejeros más cercanos. Todos vivieron hasta una buena edad y gobernaron el reino sabiamente y bien.

Aportación de Dorotea Gaitán